## VII.

Cerró la noche, prolongacion de aquel dia memorable y espantoso.

Los restos mortales del archiduque de Austria reposaban en un féretro colocado junto al altar mayor del templo de las Capuchinas.

Dos hermanas de la caridad lavaron el cadáver, lo vistieron, encendieron unas bujías en los cuatro ángulos del féretro y oraron toda la noche.

Cuando el crepúsculo comenzó á disipar las tinieblas de aquella iglesia sombría, una de las hermanas de la caridad se acercó al cadáver, besó su frente con respeto y desapareció como una sombra en las oscuras naves de las Capuchinas.

Un hombre que habia permanecido oculto tras una de las columnas llorando en silencio, se aproximó al cadáver luego que la hermana de la caridad hubo desaparecido, fijó su vista en el semblante lívido del emperados y dijo con voz entrecortada por los sollozos:

—¡Pobre Guadalupe.... pobre hermana mia!

## CAPÍTULO TRIGÉSIMO SESTO.

### EL ULTIMO DIA.

El estandarte de los grifos sobrevivió *veinticuatro* horas al emperador.

La ciudad rebelde estaba aterrorizada con la ejecuclon de Maximiliano.

El gefe de la plaza, invadido por el pánico, desapareció de entre las filas de sus soldados, consumó desercion al frente del enemigo.

El 20 de Junio la plaza sitiada enarboló bandera blanca.

El general Alatorre recibió á los comisionados, notificándoles de órden de Porfirio Diaz, que no tenia facultad para hacer concesiones, que se rindiesen á discrecion.

Los comisionados tornaron allende sus parapetos á conferenciar.

La ciudad esperaba con ansia las palabras del general republicano.

Cumplido el término señalado para la respuesta, las baterías comenzaron á vomitar bronce sobre la plaza y las columnas se organizaban para el asalto.

La guarnicion de México no tenia moral para resistir, los soldados se desertaban en grupos y los generales no tenian pretesto ostensible para la prolongacion de la lucha, ni elementos para sostenerla.

El fuego era vivísimo y mas tarde la ciudad seria tomada á fuerza.

La bandera blanca volvió á aparecer sobre las trincheras.

La plaza se rendia á discrecion.

La capital del imperio abria sus puertas á las huestes vencedoras de la **REPÚBLICA!**

# EPÍLOGO.

## LA SOMBRA DE DIOS.

Pocos espectáculos mas sorprendentes y magníficos podrá presenciar la actual generacion, que puedan rivalizar con la pompa y magnificencia de la ceremonia habida para la distribucion de premios hecha por el emperador Napoleon en la Exposicion de Paris.

Veintiun mil personas se reunieron en el gran salon central del edificio, ocupando todas las vías de acceso y todos los balcones.

La multitud de afuera era tanta, que formaba, como un océano, olas que chocaban contra las paredes del gasómetro imperial.

Cuando la régia procesion con sus dorados carruajes, tirados por altos y soberbios caballos, con sus soldados montados, con sus generales de riguroso uniforme, con sus señoras vestidas como los lirios del campo, con sus príncipes y potentados, habia llegado al salon donde iba á verificarse la ceremonia, parecia que todo cuanto la naturaleza tiene de bello y de grande se habia concentrado en ese lugar.